

A watercolor illustration of a couple embracing. The woman on the left has long, braided hair and is wearing a blue dress. The man on the right is wearing a light-colored shirt and pants. The background is a soft, colorful wash of watercolor in shades of blue, purple, and yellow. The title is written in a black, cursive font, and the subtitle is in a black, sans-serif font.

Agua y Fuego
mil veces y una más

Tatiana Mier

Agua y Fuego

mil veces y una más

Tatiana Mier

1ª Edición: 2019

©Tatiana Mier, 2019

Diseño de portada: Tatiana Mier

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Al destino, a las casualidades, a las oportunidades...
Y a los reencuentros.*

En esas estaba otra vez

Cerré yo solo las persianas del taller al menos media hora más tarde de que Lucía y Héctor hubieran terminado su jornada. En cuclillas, al mismo tiempo que aseguraba el candado, raspé con una uña el desconchado de una de las lamas, desnudando un milímetro más, el forjado del hierro. Me incorporé y me detuve a observar unos instantes, el metal pintado en rojo. El nombre del taller destacaba en letras blancas, ya amarillentas por el paso del tiempo. Resultaba irónico que, después de quince años mirando aquellas persianas, se me hicieran poco mías. Precisamente ahora, que estaban a mi nombre.

Me subí a la Honda, arranqué el motor y saqué los guantes de la mochila, planteándome que quizá, la solución sería un lavado de cara. Una capa de pintura que encajara más con mi estilo. Sería como empezar de cero. Pero antes de llegar a ninguna decisión al respecto, antes incluso, de haberme acomodado el primero de los guantes, el teléfono sonó en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Apresurado, destrabé la cremallera y deslicé la mano en el bolsillo, arrancándome así, la angustiada sensación que me provocó aquella vibración sobre mis costillas. Descubrir su cara sonriente, en la pantalla, y no otra, me libró de los

resquicios que todavía palpitaban debajo de ellas. Era Ismael.

—Dime.

—¿Qué pasa, palomo! ¿Dónde andas?

—Arrancando la moto.

—¿Tienes prisa?

—No especialmente. Iba a acercarme al gimnasio, ¿por?

—¿Te importaría desviarte un momento? He ido a buscar el traje, y ya sabes, que quedamos en que me lo guardabas en tu casa.

—¿Hoy lunes? ¿No lo recogías el sábado y me lo acercabas en coche?

—Lo sé, tío. Pero Paula ha quedado con los de otro restaurante en Masella, y yo he aprovechado que tenía esta tarde libre.

—Pues pensaba ir al gimnasio directamente —rechisté—. Sin pasar antes por casa.

—¡Llévatelo al gimnasio! ¡Da igual! Está en su funda y todo, no se va a estropear.

Resoplé, preguntándome quién me mandaba a mí, meterme en esos embolaos. A buenas horas, decidí hacerme amigo de un casadero acérrimo.

—Vaaale. Ahora voy.

—¡De puta madre! ¡Gracias, Álex!

—Gracias, gracias... —bromeé, y colgué.

Consulté el reloj. Tampoco es que me fuera mal alargar un poco más, el tiempo que ya tenía previsto perder. El único que estaba padeciendo mis retrasos era el diablillo que me esperaba en casa. Pero aquello, él, no podía evitarlo; y yo, tampoco. Hablábamos de causas de fuerza mayor.

Volví a guardar el teléfono dentro de mi chaqueta y acabé de colocarme los guantes, esta vez sí, para engranar la primera y salir a gas.

Poco después, me colaba en casa de Ismael, por no variar, sin recibimientos en la entrada. Cerré la puerta a mi es-

palda.

—¿Ismael?

—¡Pasa, pasa! ¡Enseguida salgo! —me llegó su voz, desde el fondo del piso.

Me senté en la butaca y saqué el tabaco de la mochila. Encendí un cigarro, acercándome el cenicero que abandonado sobre la mesa. Una colilla, con filtro de cartón, se camuflaba entre otros restos de pitillo, al fondo del recipiente de plástico verde. Pero aquella pista mal disimulada, no era lo único que delataba cómo había decidido destensarse mi amigo al llegar a su casa. La peste a marihuana, aún flotaba en el aire. Me dediqué a matizar aquel olor con el humo de mi Winston, recostado en el orejero del sillón.

Aunque Ismael seguía escondiéndose para fumar porros y prácticamente nunca hablaba del tema, aquellas precauciones hacía un tiempo que no resultaban necesarias. No había sido fácil dejarlo y mentiría si dijera que no me apetecía nunca. Sobre todo, cuando su intenso olor me recordaba lo sencillo que era relajarme cuando estaba colocado. Pero fumar, había dejado de compensarme, pues haber tomado aquella decisión, me hacía sentir mucho más satisfecho conmigo mismo. Además, tenía otros modos de relajarme.

Mi amigo apareció por el pasillo con una funda enorme en sus manos, y una sonrisa exultante de oreja a oreja.

—¿De verdad crees que voy a poder llevarme ese muerto en la moto?

—¡Claro! Llévalo sobre el depósito —comentó, doblándolo por la mitad.

—¡Espera, espera! —le detuve a medio hacer, abriendo la cremallera—. ¿Y si me lo llevo puesto? Así te lo voy amoldando.

Agarré la percha por el gancho y liberé el traje de su encierro colocándolo frente a su pecho. La americana negra, con las solapas satinadas, colgaba desabotonada; y el cha-

leco a juego, lo hacía debajo. Guiñé un ojo, y él, rio conmigo.

—¿Qué te parece? —preguntó, ilusionado.

—Que vas a estar increíble. Pero ahora que lo pienso, quizá deberías haber comprado el fajín.

—¿Ahora me lo dices? ¡Si quedamos en que te molaba mucho más el chaleco! —espetó, nervioso, esquivando la americana y poniéndose a mi lado, para mirar el traje conmigo.

—Lo digo por disimular, más que nada... —torcí los labios, en una mueca.

—¿Disimular? ¿El qué?

—¿Qué va a ser? ¡El barrigón de felicidad que te está creciendo!

—Pero, ¡qué dices! ¡Si estoy cañón!

—Ya lo veo, ya... ¡Te has tragado la bala! —contesté de guasa, pinzando el incipiente michelín que lucía sobre la hebilla del cinturón.

—¡Serás cabrón!

Me arrancó el traje de las manos, dejándolo con cuidado sobre el sofá, al tiempo que pedía guerra con la mano que tenía libre. Me lancé sobre él como un jugador de rugby, clavándole la cabeza en su mullido estómago, y acabamos tirados en el parqué, simulando una pelea, entre carcajadas.

—¿Es que no vais a crecer nunca? —interrumpió Paula.

Nos levantamos de golpe. Por suerte, ella estaba colgando su bolso en el perchero de la entrada, de espaldas a nosotros.

—¡No entres! —grité, abalanzándome sobre ella—. ¡Guárdalo! ¡Corre!

—¿Qué tiene que guardar?

Vi cómo Ismael agarraba el traje del sofá y la funda del suelo, y volaba pasillo a través.

—Déjame pasar —entrecerró los ojos, desconfiada.

—No, bonita, no. No se te ha perdido nada ahí dentro.

—¿Cómo qué no? ¡Ismael! —lanzó su voz, por encima de mi hombro—. ¿Qué estás haciendo?

—¡No puedes mirar! ¡Espera!

—Ya has oído al novio —me reí—. Yo soy un mandado.

Paula intentó escabullirse de mí, colándose por debajo de mi brazo. La levanté del suelo, agarrándola por la cintura, volviendo a meterla en el recibidor, mientras pataleaba.

—¡Suéltame, Álex! ¡No vale! —reía.

—¡Y tanto que vale! —la arrinconé—. Como padrino, me está todo permitido para impedir que la novia vea el traje.

—¡¡El traje!! ¿Ha traído el traje? ¡Quiero verlo!

—Ni hablar —sentenció Ismael, a nuestra espalda.

Solté a Paula y de inmediato, le arrebaté la funda de las manos a mi amigo, que guardaba, recogido de miradas indiscretas y curiosas, el único secreto que atesoraba para aquel día.

—En fin, chicos, un placer veros hoy —dije, abriendo la puerta de la calle, y dejándoles discutir.

—¿De verdad no me vas a dejar verlo?

—¿Puedo ver yo tu vestido?

—¡Ni en broma!

—Pues eso.

Cerré la puerta, acallando sus risas, justo cuando Ismael tiraba a Paula sobre el sofá, montándose encima de ella.

Llamé al ascensor, pensando en ellos. Llevaba días haciéndolo; meditar en cómo era su relación, cuando mi mente no estaba ocupada en otras cosas. Llevaban quince años juntos y yo, había vivido con ellos hasta el primer minuto de su viaje. Bueno, los primeros minutos, no. Aquellos, los pasé pegándome el lote con una amiga de Paula, por aquello de dejarle vía libre a mi amigo. Pero el resto, sí.

Había mucho por recordar y guardaba la esperanza de que algo, acabara por inspirarme para escribir, ni que fuera, la primera frase del discurso. Pero sus inicios, sus ilusiones,

sus aficiones compartidas, sus primeras veces, sus expectativas; de momento, no habían surtido efecto.

Entré en el ascensor y caí en la cuenta de que en lo único que no había pensado aún, era en sus desencuentros. Y es que, de aquellos, también hubo algunos. No todos sus momentos habían sido fáciles. «Quizá, tampoco tan difíciles...», me dije. Pero sus oleajes habían capeado. Y ellos, sí lo habían hecho juntos. Siempre habían conseguido mantenerse a flote en su mar, fortaleciéndose después de cada temporal.

Recordé la última de sus crisis. Hacía tres años de ella. De hecho, aquella, coincidió con una de las nuestras. Tampoco es que fuera complicado; nosotros, andábamos enlazando una tras otra. Pero aquella la recordaba bien, porque fue la única vez que los bandos quedaron totalmente enfrentados y que el motivo era el mismo. Su trabajo. O más bien, el tiempo que ellas ocupaban en él. En exceso en el caso de Paula; y nada en absoluto, en el de Cris.

Por extraño que parezca, a mis amigos pareció costarles, incluso más que a nosotros, superar aquella. Paula estaba volcada en su proyecto laboral, viendo cómo todos sus sueños se hacían realidad. Las sesiones le llovían por todas partes, su nombre era cada vez más conocido, la página web que le preparó Ismael quedaba obsoleta y se embarcó en las redes sociales, inventando una firma propia para diferenciarse entre el resto de fotógrafos. En definitiva, su carrera despegó a la velocidad del rayo, su caché subió como la espuma y aquello, resultó abrumador. A Paula, no le quedó otra opción que reordenar sus prioridades, y por suerte, escogió a Ismael como la primera de ellas. Si no, seguramente, no estaríamos esperando en candelitas su boda. Pero le costó un mundo, renunciar a según qué cosas.

Cris, simplemente, abrió su consulta y empezó a trabajar. A mi entender, para ella era mucho más fácil solucionar nuestra crisis. No tenía que priorizar nada ni cuestionar su escala de valores. Simplemente, tenía que seguir el curso

natural de su vida. Más claro, el agua, ¿verdad? Ahí, no hubo temporal que capear ni asunto con el que fortalecerse como pareja. En todo caso, el problema era de ella, a quién siempre se le dio fatal dejarse llevar por las inercias. Siempre pensando demasiado, dudando demasiado, temiendo demasiado... Cris fue, francamente, insufrible.

Y, aun así, no tanto como acabar pensando en ella otra vez, regresando al pasado y preguntándome por qué había acabado por subirse a aquellas inercias sin mí.

Eso era lo que me ocurría cada vez que intentaba pensar en el puto discurso. Que hablar de amor, me llevaba a Cris; y ella, a que enamorarse era el mayor error que podía cometer nadie en la vida. Sí. En esas estaba otra vez...

Así que doblé la funda del traje de Ismael sobre sí misma y la coloqué sobre el depósito. El bulto, tapaba el cuentarrevoluciones y el *display* digital de la velocidad, pero podía conducir mi Honda de oídas. Aquel no sería un problema. Como tampoco lo sería, no poder consultar el reloj en el marcador. Tenía tiempo de sobra aún por matar, y por eso retomé mis planes, y me acerqué al gimnasio.

Caminos

—Hola, Iván, ¿qué tal el cole hoy?

—Hola tata. Bien, pero ya me han puesto otro examen.

—Estás en cuarto de la ESO, quieren acostumbrarte al ritmo de Bachillerato.

—¡Ya ves tú que gracia! Ya me acostumbraré cuando lo empiece, ¿no?

Sonreí, aunque él no pudiera verme a través del teléfono.

—¿De qué es?

—De inglés —resopló—. ¿Vendrás mañana? Podrías ayudarme a preparármelo.

—Claro, como todos los martes. ¿Quieres que te espere a que llegues del entrenamiento?

—Si no te importa...

—¿Cómo me va a importar? Le diré al papa que ceno con vosotros.

—¡Genial! Por cierto, ¿Ismael ya te ha ayudado a montar la cama?

—Sabes que no pudo venir el fin de semana, y de lunes a viernes, suele estar ocupado. Tengo que llamar a Paula, a ver si pueden venir el próximo sábado.

—¿Y a qué esperas?

—Tengo toda la semana por delante, relájate.

—Es que quedamos que los sábados, los pasaría contigo, ¡y aún no has cumplido tu promesa!

—Ya sabes que siempre las cumplo. Más pronto o más tarde, pero nunca fallo. ¿O no?

—Más o menos...

—¿Cómo que, más o menos? —me reí.

—Recuerdo un partido de fútbol al que no me llevaste.

—Otra vez... —resoplé—. Si no recuerdo mal, no te quejaste de que acabara llevándote Álex. Te lo pasaste súper bien con él.

—¡Mucho mejor que contigo! —rio, olvidando el tono de reproche—. Por cierto, ¿sabes algo de él?

—De quién, ¿de Álex? ¿Yo? —balbuceé—. ¿A qué viene esa pregunta?

—A nada. Solo lo preguntaba por si Paula e Ismael te habían dicho... —dudó—. Que, si está muy ocupado o algo, últimamente.

—No tengo ni idea —me rasqué la frente. Porque claro que tenía idea de cosas, pero no, para compartirlas con él.

—Es que quería hablar con él, pero ya lo llamaré.

—Claro, llámale y ya está.

—Eso haré.

—Bueno, cariño, nos vemos mañana, ¿vale? Voy a hacerme la cena.

—Sí. El papa está llamándome también.

—Buenas noches, que descanses.

—Buenas noches, tata.

Colgué, echando de menos de inmediato, el beso en la frente que seguía a esa despedida. Pero aquella era una de las renunciaciones que había aceptado, a cambio de todo lo demás, que tenía por ganar con mi independencia. Aún no tenía muy claro si acabarían por compensarme, pero lo esperaba.

Me levanté del sofá, dejando el teléfono sobre la mesa de centro y me acerqué a la cocina, sobrepasando la barra americana, para abrir la nevera. A diferencia de la de mi padre, llena a rebosar; en la mía, poca variedad me esperaba. Decidí hacerme una ensalada con unos restos de lechuga iceberg, unos tomates *cherry* que rodaron por el cajón, y el penúltimo paquete de palitos de cangrejo. Sobre el mármol, una pechuga de pollo que había dejado a descongelar por la mañana, esperaba a convertirse en *tupper* para el día siguiente.

Me metí en la ducha. «Una rápida», me dije, «mientras hierve la pasta». Pero no debió serlo tanto. Porque cuando regresé a la cocina, el agua se había sobrado apagando el fogón, y los espaguetis, reblandecidos, flotaban en la olla. Volví a empezar.

En las dos semanas que llevaba viviendo sola no había conseguido coger el ritmo y tenía la sensación de ir siempre de culo. Más que una sensación, es que lo iba. Y por eso tardé más de la cuenta en ducharme; porque estaba intentando reorganizar mi lista de tareas y mi tiempo. No era tan fácil como pensaba, sacar horas para combinar las agendas de dos casas, sumando las horas que destinaba al trabajo y a partir del sábado, también, en las sesiones de pintura en el local de la asociación de vecinos. «Quizá podría ir al súper el miércoles, o el jueves... ¡Ostras!», recordé, «¡el jueves...!». Aún no le había dicho nada a Biel.

Abrí la alacena de nuevo, para coger otra vez el paquete de espaguetis y añadir una pequeña cantidad a la olla. La nevera, no era lo único vacío en la cocina. Tendría que ir al súper, lo antes posible, si no quería acabar viviendo del aire. Cerré el armario y regresé al comedor; con la ensalada y un vaso en las manos y el tenedor en la boca; mientras el agua rompía a hervir otra vez.

Me senté en el sofá y, masticando el primer trozo de lechuga, cogí el teléfono y me lo llevé al oído. Tres tonos, antes de que contestara.

—¡Hola, guapísima! ¿Qué tal el día?

—¡Hola! Hoy, bastante tranquilo. ¿Y el tuyo?

—El mío también. Me tocaba día de edición en el estudio. Pero creo, que al final, he pasado más horas mirando Pinterest que trabajando —estalló a carcajadas.

—¿Qué buscabas hoy?

—Ideas para la decoración de las mesas. ¡Chica! Es que, si no es una cosa, es otra. ¿Puedes imaginarte todo en lo que hay que pensar?

—Creía que lo hacía, pero desde que estás organizando tu boda, me estoy dando cuenta del sinfín de detalles que hay que tener en cuenta. ¡Qué locura! —reí con ella—. ¡Por cierto! Ya he cuadrado fecha para vuestra despedida. Apuntaros el diez de noviembre.

—¡Hecho! ¿Y cuándo lo habéis decidido? Porque Álex ha estado esta noche en casa, y no nos ha dicho nada.

Tosí, despejándome la garganta, escupiendo el ácido del vinagre, y con él, la bola enorme que el silencio de Álex también me rascaba en el esófago—. Es que, con él, todavía no he hablado.

—¿No te ha llamado desde lo del bar? —se alarmó.

—Ni me ha llamado, ni me ha escrito, ni me lo he cruzado, ni nada. Se lo ha tragado la tierra.

—¡Ismael! —gritó en respuesta—. ¿Has hablado con Álex de la despedida?

—¡No! —escuché que le contestaba—. ¿Tenía algo que decirme?

—Dile a Álex que llame de una vez a Cris. Porque a este ritmo se va a ocupar de todo, ella sola. Hace casi una semana que se vieron por última vez y no lo ha hecho todavía.

—Paula, no te preocupes, de verdad.

—Mañana intentaré hablar con él —contestó él.

—En serio, dejadlo estar. De momento, me estoy organizando bien —insistí.

—No, Cris. Si no se pone las pilas, al final, voy a tener que sentaros en esquinas opuestas del banquete. ¡Y no me